



Кокосчка, *Piedad*, 1908.

Boris Emelianov/Mijail Malishev

EL PENSAMIENTO RUSO REPRIMIDO (EL EXILIO DE LOS FILÓSOFOS RELIGIOSOS DE RUSIA EN 1922)

Los interrogantes sobre qué somos y qué debemos ser, en esencia, no son diferentes a lo que fueron o quisieron ser, en su substancia humana, los filósofos del pasado. Una separación tajante de ambos problemas privaría al filosofar de sus jugos vitales y a la historia de las ideas de su importancia y actualidad. Cada doctrina filosófica representa algo más que un hecho del pasado. No es algo fijo y constituido en una fecha determinada. Cada filosofía tiene algo que supera el horizonte de su época; es una especie de llamada, un mensaje para el futuro que se ofrece a todas las generaciones y constituye un bien común. Frecuentemente se piensa que las ideas filosóficas del pasado están muertas, pero son capaces de renacer y vivificar nuestra cultura espiritual y las de generaciones posteriores.

Sin embargo, los pensadores de antaño no pueden por sí mismos preferir su sabiduría: es necesario sacarlos a la luz del presente por medio de los esfuerzos de los investigadores y convertirlos en interlocutores vivos del diálogo de tal forma que puedan comunicarnos sus ideas aleccionadoras.

La filosofía rusa ha seguido la línea general del pensamiento europeo desde la Edad Media hasta nuestros días. La tradición europea —Platón, Aristóteles, neoplatonismo, ilustración, romanticismo, positivismo, neokantismo, fenomenología, existencialismo— estuvo integrada, aunque no plenamente, en el arsenal del pensamiento ruso, el cual es inconcebible sin la asimilación de las ideas de Diderot, Voltaire, Kant, Schelling, Hegel, Feuerbach, Marx, Comte, Spencer, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Husserl y otros grandes pensadores europeos. No obstante, con pleno derecho se puede afirmar su originalidad tanto en el periodo de su dependencia espiritual de la herencia bizantina como en la época de su diálogo con la filosofía europea. En ella existe un campo propio de problemas, una óptica específica de la visión del mundo y de la historia, un estilo singular del filosofar, una imagen propia de la misión del filósofo y una interpretación particular de la importancia que tiene la filosofía en la vida.

La filosofía rusa, a pesar de tener las cualidades de una filosofía nacional y ser reconocida como parte del pensamiento filosófico de la humanidad, no ha sido suficientemente investigada: hay muchas lagunas, reticencias y falsificaciones. Como la misma trayectoria de Rusia, la historia de sus ideas filosóficas es trágica: abundan crudas intervenciones de las autoridades gubernamentales en el destino de los pensadores, en su producción filosófica y en la enseñanza misma de la filosofía. Por ejemplo, a Piotr Chaadaev (1794-1856) le proclamaron loco y le prohibieron publicar sus trabajos; a mediados del siglo XIX, la enseñanza de la filosofía en las universidades rusas estuvo prohibida y después de la revolución de Octubre una cohorte de los intelectuales más destacada del «siglo de la plata» fue expulsada del país o murió en los campos de concentración stalinistas.

En efecto, después de la Revolución de 1917, fueron destruidos los lazos que vinculaban la

cultura rusa con la occidental y que habían sido tan fructíferos para el desarrollo filosófico en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. La tiranía del marxismo ideologizado, que implacablemente censuraba las doctrinas filosóficas de aquellos pensadores que cuestionaban los dogmas del materialismo dialéctico e histórico, sin lugar a dudas, empobreció la cultura espiritual del país. Muchos grandes pensadores de épocas anteriores fueron silenciados y sus libros se guardaron en fondos cerrados inaccesibles para los lectores. La situación resultó absurda: ¿cómo podría existir, digamos, la filosofía alemana de hoy si hubieran sido prohibidas las referencias a las obras de Kant o de Hegel? ¿Qué sería hoy la filosofía francesa si hubieran expulsado de su memoria los nombres de Descartes o Rousseau? ¡Esta barbaridad histórica parece increíble! Sin embargo, así fue la situación espiritual en la Unión Soviética antes de la Perestroika: los trabajos de grandes filósofos rusos como Soloviev, Fiodorov, Shestov, Berdiaev, Bulgakov, Leontiev, Danilevsky, Frank, Florenski, Karsavin, Lossky, Trubetskoy, Rozanov eran prácticamente desconocidos, en tanto que los trabajos de los filósofos oficiales que se hacían pasar como representantes del modelo filosófico marxista inundaban librerías y bibliotecas.

El destino de muchos pensadores rusos de la época llamada «el siglo de la plata» (de la segunda mitad del siglo XIX hasta 1917) fue dramático en la mayoría de los casos. En los años noventa del siglo XIX, Nicolai Berdiaev, Semion Frank, Serguei Bulgakov, Piotr Struve, entre otros, por orden de los funcionarios zaristas, fueron expulsados de las universidades, luego arrestados y exiliados de Moscú o de San Petersburgo por su participación en la propaganda de las ideas marxistas. Struve, por ejemplo, había sido un líder del «marxismo legal» y escribió, en 1898, el *Manifiesto* para el primer congreso del Partido Obrero Social-Demócrata Ruso. Pero más tarde, él y otros de

ideas semejantes se apartaron del radicalismo, al sospechar sus consecuencias perniciosas para el futuro del país. En 1909, estos pensadores críticos, junto con Mijail Guershenzon y Bogdan Kistiakovsky, publicaron una pequeña colección de ensayos llamada *Hitos (Vieji)* referida al destino histórico y la ideología de la *intelligensia* rusa. En el centro de atención de este trabajo está la experiencia de la revolución de 1905, que entrelazaba un nudo contradictorio de diferentes fenómenos de aquella época: la fe secular en el zar junto con la quiebra de las ilusiones zaristas; las acciones organizadas de los obreros de los centros industriales al lado de los motines espontáneos de los campesinos; el desenfreno de la muchedumbre que saqueaba y asesinaba a los intelectuales junto con olas de terror del gobierno; los incendios y la destrucción de los palacios de la nobleza con sus bibliotecas y reliquias del pasado. Al mismo tiempo surgía el primer parlamento y la primera constitución que legitimizaba las libertades y los derechos civiles elementales. Eje clave de *Hitos* fue la crítica a las ideas de la *intelligensia* referidas a la divinización del «pueblo», al dogma de la prioridad incondicional de la colectividad sobre el individuo, a la primacía de la igualdad sobre la autonomía moral, y la exageración del papel de la violencia como método predominante para resolver los problemas sociales. Fue también una crítica a los nihilistas que negaban las tradiciones culturales, despreciaban el trabajo concreto y se dejaban embriagar por las frases ultrarevolucionarias.

La causa de todos los desajustes por los que pasaba Rusia, según los autores de *Hitos*, se arraigaba en el espíritu extremista de la *intelligensia*, término acuñado para designar a un grupo cuyos miembros comparten algunos rasgos morales e ideológicos. El filósofo inglés de origen ruso Isaiah Berlin advierte "que no hay que confundir el concepto de la *intelligensia* con la idea de los intelectuales. Sus miembros se consideraban unidos por algo más que un

simple interés en las ideas. Se concebían como una orden religiosa, casi como un sacerdocio seglar consagrado a difundir una actitud específica ante la vida, algo parecido a un Evangelio" (Berlin, 1985: 233). Una interpretación similar de la *intelligensia* procede de Nicolai Berdiaev en su trabajo *Orígenes y sentido del comunismo ruso*, donde la compara con una orden monástica que posee una moral propia e intransigente, hábitos y costumbres particulares y hasta su aspecto físico peculiar por el que se puede reconocer a sus adeptos.

La *intelligensia* ha sido, pues, una colectividad ideológica, y no profesional o económica, escogida entre diferentes clases sociales; al comienzo, se reclutó en las capas cultas de la nobleza; más tarde entre los hijos de sacerdotes y de diáconos, entre los pequeños funcionarios, los comerciantes y, después de la emancipación, entre los agricultores. Fue un gran agrupamiento de todos los niveles, cuya unidad dependía esencialmente de las ideas, y sobre todo, de las ideas sociales. (Berdiaev, 1989:24)

La *intelligensia* izquierdista sometió al terror moral a los autores de *Hitos*; no quiso escuchar las críticas a su paternalismo hacia las masas populares, los cuestionamientos al utopismo de sus planes de transformación del país y las acusaciones contra el bajo nivel de su conciencia política-jurídica, dada su inclinación al terrorismo y a la violencia. Pero los ataques de la *intelligensia* radical contra los autores de *Hitos* fueron *nada* en comparación con el terror desatado por los bolcheviques (aliados de juventud) después de su llegada al poder, en 1917. A partir de entonces empezó el periodo de las represalias, cuya magnitud creció cada vez más y alcanzó su verdadero apogeo en la segunda mitad de los años treinta. Como escribía con amargura Fiodor Stepun, "la *intelligensia* rusa durante decenios preparó la revolución, pero no se preparó a sí misma para la revolución. Casi para todos la revolución se convirtió no en una liberación, sino en un obstáculo que a la mayoría la golpeó y a muchos mató" (Stepun, 1992: 271).

El primer golpe de los revolucionarios de octubre estuvo contra la colección *De profundis*, editada en agosto de 1918. A los cinco autores que participaron en la edición de *Hitos* —A. Berdiaev, S. Bulgakov, S. Frank, A. Izgoev y P. Struve— se les unieron otros seis filósofos, juristas y escritores: A. Askoldov, V. Ivanov, V. Muraviev, S. Kotliarevsky, P. Novgorodsev y I. Pokrovsky. Todo el tiraje de esta colección “fue suspendido” por el poder revolucionario con motivo del “terror rojo” desatado por el atentado contra la vida de Lenin. Y, en 1921, cuando los obreros de la tipografía decidieron vender el tiraje impreso obtuvieron como respuesta que éste fuera confiscado y, posteriormente, destruido. Afortunadamente, dos ejemplares se enviaron al extranjero. Dos artículos de Bulgakov y Struve de *De profundis* aparecieron en Sofía en 1921 y el artículo de Berdiaev fue publicado en 1959. La colección completa fue editada sólo hasta 1988, en los Estados Unidos; en Rusia salió a la luz en 1990. Así que las voces de la profundidad del espíritu derrocado no habían sido escuchadas. El *leitmotiv* de todos los artículos en *De profundis* ya no fue profecía, como en *Hitos*, sino una amarga constatación de que Rusia sufrió “una inigualable derrota política y moral”, cuyas primeras víctimas fueron el pueblo y la *intelligensia*. Los autores de *De profundis* analizaron diferentes aspectos de la revolución, las características nacionales de la psicología de las masas, la degradación de las tradiciones sociales, la destrucción de los fundamentos de la moral y del derecho, el desenfreno de los instintos oscuros, la génesis de la conciencia destructiva que se manifestó en todo su magnitud en dictadura de los bolcheviques. Las raíces de esta degeneración, según la opinión de los autores, reside en la falta de respeto entre el pueblo y el poder estatal y en el radicalismo extremo de los revolucionarios. Ellos, desde los años sesenta del siglo XIX, llamaron al pueblo ruso a sublevarse y, en aras de la revolución, trataron de justificar la quiebra de las normas

jurídicas y morales y los actos de terror contra las clases explotadoras y los representantes del gobierno. En estos años pareciera que se realizaban los presentimientos más lúgubres de Dostoievski sobre los “nuevos dueños” del país. Uno de los protagonistas de la novela *Los demonios*, ideólogo del revolucionarismo igualitario de Shigalev proclama: “lo que propongo no es villanía, sino un paraíso, un paraíso terrenal; y en la tierra no puede haber ningún otro”. Piotr Verhovenski, amigo y seguidor de las ideas de Shigalev aclara el tipo de paraíso que querían establecer: “Cada miembro de la Sociedad espía a los demás y está obligado a delatarlos. Uno para todos y todos para uno. Todos esclavos e iguales en la esclavitud. En casos extremos, calumnia y asesinato, pero ante todo igualdad. Como primera providencia se rebaja el nivel de la educación, la ciencia y el talento [...] Reduciremos todo a un común denominador [...] Los esclavos necesitan quien los guíe. Obediencia completa, completa falta de individualidad” (Dostoievski, 1984: 502-504). Estas profecías, a pesar de todo el cinismo y la vulgaridad, fueron encarnadas en el socialismo de cuartel que encabezó Stalin.

Los autores de *De profundis* lanzaron un amargo reproche a los bolcheviques que antes de la revolución se enorgullecían del «socialismo científico» y de una teoría económica rigurosa y, a pesar de esto, “en el lugar del orden económico empezaron a aplicar el garrote, el rifle y la ametralladora”. En consecuencia, se produjo una ruptura forzosa con la democracia, el derecho, la moral y otras normas sociales. El rechazo casi total a las tradiciones del pasado tuvo como resultado la devastación del país y de los valores individuales. El bolchevismo —“síntesis de Iván el Terrible y de Marx”— es una manifestación de la sed de poder, por eso creó un Estado policial cuya administración se basó en la dictadura del partido gobernante. A la creación de este aparato de poder coadyuvó la Primera Guerra Mundial y juntos formaron un nue-

vo tipo de hombre inclinado a trasponer los métodos militares a las costumbres de la vida cotidiana y a practicar la coerción como método para resolver sus problemas con los otros. Si la vieja *intelligensia* rusa, en cierto sentido, cultivaba el ideal del humanismo, el nuevo tipo antropológico que surgió de las llamas de la guerra europea y de la guerra civil se inclinó a la dureza y a la crueldad. Sin este nuevo tipo de material humano, sin esa gente resentida, el plan de los bolcheviques de seducir a las grandes masas para realizar la revolución hubiera sido imposible. Todo esto fue acompañado de la proclamación de una "nueva moral" revolucionaria que a su vez correspondía al nuevo tipo antropológico y a nuevas tareas planteadas por los bolcheviques. Pero esa moral tenía poco que ver con la de la antigua *intelligensia*: era más dura, desconocía la compasión y más bien se inclinaba a la crueldad.

La primera medida del gobierno de la dictadura del proletariado (en realidad, la dictadura de la cúpula del partido) fue la prohibición de la libertad de prensa mediante la censura y el monopolio económico del Estado sobre la imprenta. En poco tiempo fueron olvidados los argumentos que los nuevos gobernantes, antes de llegar al poder, habían aducido a favor de la eliminación de todo tipo de censura. Según León Shestov, "los bolcheviques, educados en el régimen zarista, hablaron sobre la libertad sólo cuando el poder pertenecía a sus adversarios. Pero cuando pasó a sus manos, sin ningún recato, se retractaron de todas las libertades e incluso, declararon la misma idea de libertad como un prejuicio burgués válido sólo para la «vieja Europa perversa» (Blum, 1994:36).

En mayo de 1919, el gobierno de Lenin creó la Editorial Estatal de la Federación Rusa, a la cual otorgó el derecho de poder censurar. Pero al lado de esta editorial estatal en el país persistieron varias editoriales privadas contra las cuales el gobierno desató una lucha encarnizada que terminó con la creación de un nuevo ins-

trumento de control, en junio de 1922, llamado Dirección General de Prensa y Publicaciones. A esta instancia administrativa se le adscribió la tarea de llevar a cabo un examen previo de todas las obras impresas en el país y de prohibir aquellas que contuvieran cualquier idea que pudiera interpretarse como opuesta al poder soviético, ya que "se tergiversa" la opinión pública y se incitan las "fantasías" nacionales y religiosas. De la censura se excluyeron las ediciones del Komintern, de la Editorial Estatal y de la Academia de Ciencias. Pero al año siguiente apareció un instructivo más estricto que el anterior: en éste se incluyó la revisión de los trabajos editados por la Academia de Ciencias y por la Editorial Estatal. Los libros que no tenían carácter marxista debieron agregar una introducción con esta ideología.

A. V. Blum resalta el punto característico del instructivo: "De ningún modo se permita la edición de obras de carácter pequeñoburgués que trate en forma artística de tergiversar el rostro de nuestra sociedad revolucionaria, puesto que están dirigidas contra la construcción socialista e imponen una ideología adversa y ajena al proletariado" (Blum, 1994:86-87). Este instructivo, convertido en norma de la actividad cotidiana de la Dirección General de Prensa y Publicaciones, estableció el control político por parte de la policía secreta, lo cual significaba que sus miembros tenían que supervisar la ejecución de los instructivos, realizar la confiscación y destruir los libros prohibidos, además deberían revisar los fondos de librerías y bibliotecas. Desde 1932, las editoriales privadas fueron fusionadas con la Editorial Estatal o simplemente cerraron. Esto fue el último paso para imponer la homogenización ideológica en todas sus esferas. La palabra libre cesó de existir y todos los escritores y filósofos, en cierta forma, se convirtieron en funcionarios del Estado. A quién publicar y a quién no, lo decidía la cúpula del partido comunista. Cuando a un científico, escritor o filósofo le despedían del trabajo,

automáticamente le prohibían publicar sus obras y, frecuentemente, sus libros ya editados pasaban a la categoría de "prohibidos" y los retiraban de la venta o de las bibliotecas; su tiraje estaba destinado a la destrucción y sólo algunos ejemplares se guardaban en los fondos especiales de las grandes bibliotecas.

Al lado del control total sobre la prensa y la edición de libros, el partido comunista impuso su ideología en todos los niveles de educación y de difusión, luchaba contra cualquier forma de expresión del pensamiento que considerara no comunista y, en particular, dirigía sus ataques contra la religión y la iglesia ortodoxa. En los años veinte, el partido desplegó una serie de medidas para apropiarse de las reliquias y otras riquezas de la Iglesia con el fin de restringir la libertad de conciencia religiosa. Desde luego que la Iglesia no podía reconciliarse con esta política de los bolcheviques. El patriarca Tijon, en su epístola dirigida al Consejo de Comisarios del Pueblo escribió:

Ustedes prometieron la libertad [...] El gran bien de la libertad, si la entendemos correctamente, es la liberación del mal, es una libertad que no limita los derechos de los demás y no se transforma en arbitrariedad. Pero precisamente este tipo de libertad es la que ustedes nos han quitado. La libertad que nos «regalaron» consiste en la complacencia de las viles pasiones de la muchedumbre manifestada en la impunidad frente a las matanzas y al saqueo. Todas las expresiones de libertad verdaderamente civil y espiritual han sido suprimidas por ustedes [...] ¿Es vivir en una libertad cuando nadie puede expresar abiertamente su opinión sin correr el riesgo de ser acusado de pertenecer a la contrarrevolución? ¿Dónde está la libertad de palabra y de prensa?, ¿dónde está la libertad en la profesión de la fe? Ya han pagado con su sangre de mártires muchos predicadores valientes de la Iglesia; la voz de la condena estatal y social está ahogada; la prensa, a excepción de la soviética, está estrangulada. Con gran crueldad se ha suprimido la libertad de la fe. No pasa un día sin que en la prensa se publiquen las calumnias más monstruosas sobre la Iglesia de

Cristo y sobre sus servidores, las blasfemias y los sacrilegios más bajos [...] Sabemos que nuestras denuncias provocarán en ustedes rencor e indignación y que ustedes buscarán en ellas sólo pretextos para acusarnos de resistirnos a su poder, pero cuanto más altamente sube el «pilar de su rencor» tanto más cierta será la justicia de nuestras denuncias. (Reguelson, 1977:253-254)

Pero estas denuncias, como bien lo previó el mismo patriarca Tijon, no tuvieron ningún efecto positivo entre los bolcheviques. Al contrario, sólo aumentaron sus represalias contra los representantes de la Iglesia. Así, el 28 de marzo de 1922, en el periódico *Pravda*, fue publicada una lista de los "enemigos de pueblo", en la que apareció el nombre del patriarca junto con todo el cónclave eclesiástico de la Iglesia ortodoxa y decenios de sacerdotes. Muchos de ellos pronto fueron fusilados o recluidos en los primeros campos de concentración. Por ejemplo, en junio de 1922 fue confirmado el veredicto de la pena de muerte para cinco de los once acusados en el "ocultamiento de los valores eclesiásticos" y, en agosto, El Comité Central Ejecutivo aprobó otros cuatro veredictos vinculados con los clérigos de Petrogrado. Entre los fusilados se encontraba el metropolitano Veniamin. En 1970, en el extranjero y, más tarde, en la época de la Perestroika en Rusia, fue publicada una carta secreta de Lenin enviada a los miembros del Buro político el 19 de marzo de 1922, en la cual exigía a los dirigentes del partido y del Estado recrudescer las medidas represivas contra el clero. En esta misiva señaló:

Un especialista inteligente en cuestiones de Estado dijo con mucha razón que si fuera necesario, para conseguir ciertos objetivos políticos, cometer algunas medidas crueles, habría que hacerlas de manera más enérgica y en un tiempo muy corto, ya que las masas no soportan la aplicación de atrocidades durante un largo periodo [...] Por eso he llegado a la firme conclusión de que precisamente ahora tenemos que dar una batalla decisiva e implacable contra el clero obscurantista y con crueldad

suprimir su resistencia de tal manera que no lo olviden durante muchos decenios[...] Cuando más número de burgueses y clérigos reaccionarios lo-graremos fusilar, tanto mejor será la lección. (Reguelson, 1977:282-283)

Las represalias tocaron no sólo a los servidores del culto religioso, sino también a filósofos, economistas, sociólogos, historiadores, escritores y otros intelectuales considerados como adversarios ideológicos del marxismo y del poder soviético. Una de las páginas más dramáticas en la historia del pensamiento ruso del siglo XX estuvo vinculada con el exilio de la Rusia soviética de los más destacados representantes del pensamiento filosófico-religioso. Este acto tuvo un doble significado: en primer lugar, representó la interrupción forzada de las tradiciones del «siglo de plata», que había constituido la cima en el desarrollo intelectual del país y, en segundo lugar, fue el comienzo de una activa intervención administrativa del partido bolchevique en la esfera de la cultura espiritual. En mayo de 1922, Lenin dirigió una carta a Felix Dzerzinsky, presidente de la Comisión Extraordinaria, en la cual le planteó la “necesidad de exiliar al extranjero a los escritores y profesores que ayudan a la contrarrevolución” y recomendó elaborar una serie de medidas concretas para “legitimar” esta acción represiva (tales como el examen de sus escritos publicados en libros, revistas y periódicos para demostrar el carácter antimarxista de sus convicciones). Al lado de estas medidas prácticas, Lenin elaboró un sistema de principios teóricos y propagandísticos en su famoso artículo *Sobre el significado del materialismo militante* en el cual señaló que la tarea más importante de cualquier comunista es la lucha implacable, sistemática y sin cuartel contra la religión y la filosofía mística e idealista.

En el verano de 1922, en *Pravda* (principal periódico del partido comunista), aparecieron dos editoriales: “¿Dictadura, dónde está tu látigo?” y “La primera advertencia”; en éstas figuraban como sujetos de posible represión los filósofos no marxistas más destacados. En el primer artículo se

denigró el libro de Yuri Aijenwald referido a la poesía rusa, en el cual el autor daba una alta estima a las obras de Afanasy Fet, Fiodor Tutchev y Nicolai Gumiliov (este último, había sido acusado de contrarrevolucionario y unos días antes fusilado). “El libro del señor Aijenwald —dice el artículo—, está imbuido por el odio cobarde, podrido y reptil contra la Revolución de Octubre. Es una expresión del servilismo filosófico, estético y religioso”. A través de la conclusión del editorialista se ve la intención y el efecto práctico de su publicación: “La dictadura tiene en reserva su látigo, su perspicacia y su vigilancia. Y éste pronto obligará a Aijenwald a irse al diablo, a largarse al burdel al que él y sus semejantes, sin duda alguna, pertenecen con toda su estética y su religión”.

En el segundo artículo se señala la necesidad de luchar contra determinados estratos de la *intelligensia* burguesa que a través de «la filosofía» propagan el misticismo y el obscurantismo clerical; además constata la pena en forma de “exilio a las provincias norteñas y al extranjero de los elementos más activos contrarrevolucionarios provenientes de los profesores y literatos”, y expresa la esperanza de que todos los representantes ideológicos de la guardia blanca serán expulsados del territorio de la Federación Rusa.

En agosto de 1922, los acusados fueron arrestados y sin ningún juicio fueron puestos en dos naves y enviados de Petrogrado a Alemania. Entre los casi doscientos exiliados destacó un grupo de los pensadores más brillantes de Rusia, en su mayoría religiosos: Nicolai Berdiaev, Semion Frank, Nicolai Lossky, Serguei Bulgakov, Fiodor Stepun, Boris Vishelavtsev, Ivan Lapshin, Ivan Illin, Lev Karsavin, Alexandr Izgoiev, Alexandr Florovsky, Alexandr Kiziveter y Pitirim Sorokin. Como escribió Mijail Osorguin, quien compartió el destino lamentable de sus compañeros de exilio, dos barcos alemanes se llevaron al Occidente “la única mercancía, en abundancia y totalmente gratis, que el gobierno ac-

tual exporta para Europa: los representantes de los legados culturales de Rusia" (*Cit.* Guellar, 1990:61).

Al expulsar a los más destacados pensadores de la cultura rusa, Lenin y Trotsky, sin sospechar la magnitud y crueldad de las represalias estalinistas en un futuro no tan lejano, (y en esto radica la paradoja) de hecho, salvaron la vida de muchos de ellos. En una entrevista de Trotsky con Luisa Brayant, periodista norteamericana, el comandante del ejército rojo explicó la causa del exilio de los profesores y literatos en siguientes términos: "Aquellos elementos que exiliamos son insignificantes de por sí en el aspecto político, pero representan una arma potencial en las manos de nuestros posibles enemigos. En el caso de nuevas complicaciones militares[...], todos estos elementos incorregibles y irreconciliables se convertirían en agentes político-militares del enemigo y nos veríamos obligados a fusilarles según las leyes de la guerra. Es por eso que, en este periodo de relativa tranquilidad, preferimos exiliarlos" (Gueller, 1990:56).

De la cohorte destacada de filósofos rusos se quedaron en la Unión Soviética sólo Serguel Askoldov, Alexei Losev, Gustav Shpet y Pavel Florenski. Pero a cada uno de ellos le esperaba una vida muy severa: las injurias, el campo de concentración y, en el caso de los dos últimos, el fusilamiento. Así que se puede afirmar que el exilio de los destacados intelectuales les salvó la vida. Esta idea se confirmó con hechos de la historia pues, algunos años después, en el "remolino del terror" del totalitarismo stalinista, cayeron muchos no sólo no marxistas, sino los propios ideólogos de los bolcheviques.

Nicolai Berdiaev fue detenido y puesto en la cárcel de Kíev por primera vez en 1898, cuando era estudiante y participaba en un mitin político. Luego, como miembro de la Unión de Lucha para la Liberación de la Clase Obrera fue arrestado y recluido por segunda vez. "Una particularidad muy curiosa de mi carácter –recordaba Berdiaev–, es que en los momentos catastróficos y de peli-

gro nunca experimento sentimiento alguno de temor ni abatimiento; al contrario, siento una gran capacidad para reaccionar y estoy dispuesto a tomar la iniciativa" (Berdiaev, 1957:225). Desde su juventud, Berdiaev experimentó una actitud negativa hacia cualquier grado jerárquico, título, rango u otro signo externo de superioridad. Nunca pensó hacer carrera en el sentido de prosperar subiendo la escalera del servicio público zarista. Estaba convencido de que a los seres humanos hay que evaluarles sólo por sus cualidades personales. Pronto Berdiaev se cercioró de que los mismos revolucionarios, vencedores en la revolución, con facilidad se convirtieron en importantes jerarcas.

Berdiaev, en la época de juventud, se adhirió al marxismo, aunque, según su propia confesión, nunca fue un marxista ortodoxo, sino un libre-pensador. A fines de los años noventa del siglo XIX se formó una corriente marxista que tenía un nivel cultural superior en comparación a las demás corrientes de la *intelligensia* revolucionaria. Se trataba de una orientación muy diferente a la que más adelante surgió con el partido de los bolcheviques. "Más que nada me entusiasmaba del marxismo su amplitud historiosófica, la vasta perspectiva mundial. En comparación con el marxismo, el viejo socialismo ruso se me antojaba un fenómeno provinciano. El marxismo de fines de los años noventa fue indudablemente un proceso de europeización de la intelectualidad rusa, su comunicación con las corrientes occidentales, su abrirse a vastos horizontes" (Berdiaev, 1957: 117).

Después del segundo arresto, a Berdiaev le acusaron de conspirar «contra la seguridad del gobierno, de la iglesia, de la propiedad y de la familia» y le enviaron a Vologda, una ciudad al norte de la parte europea de Rusia. Desde luego, le fue difícil despedirse de su familia y de su medio ambiente habitual para trasladarse forzosamente a esa lejana provincia. Sin embargo, para el joven filósofo el exilio en Vologda fue una especie de escuela de crecimen-

to teórico y maduración humana. En aquel entonces, allá estuvo gente cuyo nombre entraría posteriormente en la vida política rusa. Entre los participantes permanentes de los debates teóricos se encontraron los futuros bolcheviques Alexandr Bogdanov y Anatoli Lunacharski, el teórico y práctico del terrorismo ruso populista Boris Savinkov, el historiador Piotr Shiogolev, el escritor Alexei Remizov, el jurista Bogdan Kistiakovski. El eco de los debates filosóficos de Vologda se difundió por muchas partes de Rusia y provocó cierta preocupación a Lenin quien se percató de la indudable erudición de Berdiaev. Lo mismo confirmó Lunacharski, quien reconoció que las ponencias e intervenciones del joven pensador le aseguraban el liderazgo entre los revolucionarios exiliados.

Sin embargo, los arrestos y exilios en época prerrevolucionaria eran sólo un preludio a las pruebas que más tarde le esperaban al filósofo. Después de la Revolución de Octubre, dos veces fue sometido al arresto: la primera, en 1920, con motivo del proceso jurídico contra el así llamado "Centro Táctico", en el cual no tuvo nada que ver. En su libro autobiográfico nos relata que, mientras se hallaba en la cárcel interior de la policía secreta, le llamaron a medianoche para ser interrogado. Mi interrogatorio, recordaba Berdiaev, asumió un carácter verdaderamente solemne, ya que me interrogaba el mismo Dzerzinski en presencia de algunos otros altos jefes del poder soviético.

Hablé por espacio de cuarenta y cinco minutos, durante los cuales di toda una conferencia[...] Traté de explicar por qué motivos religiosos, filosóficos, morales, me manifestaba como adversario del comunismo[...] ¿Qué tenía yo que oponer al comunismo? ¿Por qué he luchado y sigo luchando contra él? Ante todo tenía que oponerle el principio de la libertad espiritual, que para mí es algo esencial, absoluto, con el que no puede compararse ningún otro bien del mundo. Tenía que oponerle también el principio de la personalidad, como valor supremo, su

independencia respecto del orden social y del gobierno, de todo ambiente exterior[...] El comunismo, tal como él mismo se revelaba en la revolución rusa, negaba la libertad, negaba la personalidad, negaba el espíritu. (Berdiaev, 1957:227-228)

Berdiaev estaba dispuesto a aceptar el comunismo desde el punto de vista social, como organización económica y política, pero no podía aceptarlo desde la perspectiva individual y espiritual. "Soy partidario del socialismo, pero mi socialismo es personalista, no autoritario y no admite la primacía de la sociedad sobre la personalidad". El totalitarismo es lo que apartaba a Berdiaev de la teoría y de la práctica del socialismo real, al cual consideraba como una especie de pseudo-religión cuyo ídolo era el colectivo. Según el pensador ruso, este ídolo es tan repugnante como el ídolo del Estado, con el cual están internamente vinculados otros ídolos como nación, clase y raza. Y como pseudo-religión, el comunismo lucha contra todas las otras religiones y las persigue como sus rivales.

Dzerzinski y Kamenev, "interlocutores" de Berdiaev, o más bien sus jueces, recordaba el filósofo, le escuchaban con atención y sólo de vez en cuando le interrumpían para hacerle algunas observaciones. Así, Dzerzinski le preguntó: "¿Es posible ser materialista en teoría e idealista en la práctica y viceversa, idealista en teoría y materialista en la práctica?" Más tarde, le informaron a Berdiaev que el Kremlin esperaba que al conocer el Occidente comprendiera "de parte de quien está la verdad". Pero el exilio no hizo vacilar su concepción filosófica; siempre tuvo una actitud negativa ante el mundo burgués con su pragmatismo, dureza y explotación, pero al mismo tiempo siempre fue adversario espiritual del comunismo totalitario, tanto de Rusia como de Occidente. Las ideas pronunciadas durante el interrogatorio en la Comisión Extraordinaria obtuvieron una justificación más profunda en varios de sus trabajos y sobre todo en *El sentido de la historia, El cristianismo y la*

lucha de clases, Orígenes y sentido del comunismo ruso.

Una descripción detallada del exilio de los filósofos de la Rusia soviética fue hecha por Fiodor Stepun, pensador, literato, dramaturgo y autor del brillante libro de memorias *Lo realizado y lo irrealizable*. En el verano de 1922, Stepun, quien vivía y trabajaba en un poblado cerca de Moscú, recibió una carta de su hermana en la que le decía que circulaban rumores de que a los filósofos-idealistas y defensores de la religión pronto les iban a exiliar al extranjero y, en efecto, poco después recibió un llamado para presentarse en la policía secreta. Stepun se cuestionaba sobre el sentido de esta cita: ¿podría ser que el rumor del exilio sea un truco para obligarme a confesar mis convicciones políticas? o ¿quizá los bolcheviques quieren proponerme que justifique su poder ante la opinión pública de Europa? Pero antes de llegar a la Comisión Extraordinaria, Stepun ya sabía que le iban a interrogar sobre su actitud ante el poder soviético, la doctrina de Marx, la pena de muerte y el exilio. Y justamente esas preguntas fueron las que le planteó el juez-instructor. Stepun aduce sus respuestas y su actitud que, en uno u otro grado, era propia también de otros candidatos al exilio.

Como ciudadano de la Federación Rusa acepto y reconozco al gobierno y a cualquier partido político; pero como filósofo y escritor considero que el bolchevismo es una grave enfermedad del alma popular y le deseo una pronta convalecencia[...] En cuanto al exilio decididamente estoy en contra: un deber natural de cualquier hijo es estar junto a su madre enferma. Si yo quisiera emigrar, hace mucho tiempo que lo hubiera hecho. (Stepun, 1995:619)

Es también ilustrativa la respuesta que dió a la pregunta sobre su actitud ante la doctrina de Marx.

El capital de Marx representa un análisis sociológico del régimen capitalista de Europa; es profundo y, hasta cierto grado, verdadero, pero no tiene sentido convertirlo en un esquema historiosófico aplicable a todos los pueblos y

para todos los tiempos. El marxismo venció en Rusia no como una doctrina filosófica abstracta, sino como una seudocreencia que se apoderó del alma del pueblo. La tarea de la *intelligensia* rusa es desenredar este embrollo. Hace falta creer en Dios y no en Karl Marx. En cuanto al análisis marxista, es necesario usarlo para la construcción de la libre sociedad socialista. (Stepun, 1995:620)

Al final del interrogatorio a Stepun (como a todos los otros candidatos al exilio) le obligaron a firmar un documento en el que se estipulaba que si regresaba ilegalmente al territorio soviético sería fusilado. Fiodor Stepun no quería abandonar su patria. Recordaba que cuando estaba cerca de la ventana del tren "de repente sintió una terrible angustia y un gran anhelo de no estar en ese tren que corre a todo vapor hacia Europa y me lleva no se sabe adónde, sino andar sin prisa y disfrutar el encanto a todo lo largo de este camino" (Stepun, 1995:627).

Ninguno de los exiliados quería abandonar su patria y, sin embargo, en Occidente encontraron condiciones incomparablemente mejores para su vida y su desarrollo creativo, lo que hubiera sido imposible en la Rusia soviética, donde pronto se estableció el régimen lúgubre de Stalin. Muchos filósofos que se quedaron en su país fueron víctimas de crueles represalias; algunos estuvieron sometidos al arresto, otros metidos en prisiones o enviados a los campos de concentración, como fue el caso de Askoldov, colaborador de la colección *De profundis*. En 1928, fueron arrestados 200 participantes del círculo filosófico-religioso de Alexandr Meyer, entre los cuales había filósofos, literatos, pintores, músicos, maestros y médicos. El filósofo Alexei Losev fue recluido en el campo de concentración por algunos años. Le liberaron en 1933 y durante los siguientes 25 años escribió sin tener ninguna posibilidad de publicar sus libros referidos a la historia de la filosofía antigua, la mitología y el arte. Losev era el más joven representante del «siglo de plata» de la cultura rusa. En 1911, cuando tenía 18 años,

llegó a una reunión de la sociedad religiosa-filosófica de Vladimir Soloviev en donde se familiarizó con Berdiaev, Frank, Trubetskoy, Florenski. Hasta los años ochenta duró su actividad creativa transmitiendo a las nuevas generaciones el fuego vivo de las tradiciones filosóficas nacionales.

Si hubo pensadores, como Losev, que sobrevivieron a todas las persecuciones y sufrimientos, también hubo otros cuyo destino fue más trágico, como el caso del padre Pavel Florenski, quien fue un destacado pensador de amplia erudición y nos dejó sus trabajos sobre teología y filosofía, matemática, física, química y lingüística. En 1933 fue arrestado y encarcelado, después liberado, otra vez arrestado y condenado a la pena capital. En 1937, antes de ser fusilado, le escribió a un pariente: "El mundo está organizado de tal manera que uno sólo puede dar algo a los demás a través de pasar por persecuciones y sufrimientos".

La trágica suerte del sacerdote Pavel Florenski fue compartida por su compatriota Gustav Shpet, quien era ateo. En 1929, le prohibieron publicar sus libros y lo corrieron del trabajo. En una carta "justificativa" dirigida a las instancias superiores, el filósofo escribe: "Hoy me encuentro ante la amenaza de no poder traer papas para la cena de mis hijos, sin embargo, no creo que mis fuerzas no puedan encontrar ninguna aplicación en nuestro país, no creo que en una nación en donde existe tanta necesidad de cultura mis conocimientos y erudición sean inútiles y nadie los necesite" (*Cit. Emelianov, 1996:54*). Con ayuda de algunos amigos, a Shpet le permitieron ser traductor de literatura artística, ya que conocía casi todos los idiomas europeos y tradujo al ruso varias obras de escritores ingleses: Byron, Dickens, Shakespeare y la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, editada en 1959. No obstante, en 1935 le arrestaron y le enviaron a una de las numerosas cárceles de Siberia. En esta ocasión los apoyos de los amigos no lograron

ablandar el corazón de Stalin y, al final de 1937, fue fusilado.

No menos trágico cariz tomó la vida del pensador religioso León Karsavin quien, expulsado en 1922, vivió algunos años en Occidente; posteriormente fue invitado a la capital de Lituania como profesor de la Universidad de Vilno. La invasión del ejército rojo en los países de Baltia (1940) se convirtió en un gólgota para el viejo filósofo, quien inmediatamente fue arrestado y, a pesar de su enfermedad, enviado a Gulag, donde murió en 1952. En el campo de concentración Karsavin no cesaba de trabajar. Se abstraía del ambiente siniestro, de las altas barreras con alambre espinoso, de los centinelas, de las rejas en las ventanas, de los candados en las puertas y de los números pintados en la ropa de sus compañeros. Anatoli Vaneev, un hombre joven que se encontraba en el mismo campo recordaba cómo el viejo y enfermo filósofo se sentaba en cuclillas y usaba un cartón como pupitre y con un pedazo de cristal afilaba su lápiz. En esas condiciones escribió sus reflexiones filosóficas, comentarios religiosos, memorias y versos. En las tarimas de los estrechos barrocones, en los corredores del hospital, en el pabellón destinado a los moribundos y en cualquier parte, dice Vaneev, yo escuchaba a Karsavin y me imbuía de la riqueza de sus ideas. Parecía que en esta zona polar de enormes pantanos, marchitos arbustos y largas noches oscuras resucitaba el espíritu de la antigüedad. Como en la Grecia solar, en las escuelas filosóficas de Atenas, así en un lejano campo de concentración norteamericano para minusválidos, la sabiduría se transmitía de boca en boca, de un hombre a otro. Pero a diferencia de los jardines de la Academia, en el hospital del campo sólo hubo dos caminos: para convalecientes, las minas de carbón y para los muertos, los cementerios de la tundra.

Un poeta ruso dijo alguna vez: "lo grande es difícil discernir de cerca, lo grande se ve mejor desde lejos". En nuestra opinión, estas pala-



BURNE-JONES, *DIES DOMINI*, 1880.

bras expresan bien la percepción de la tragedia de la cultura rusa. La complejidad de esta percepción se engendra no sólo por la perspectiva histórica –“lo grande es difícil discernir de cerca”–, sino también por las barreras impuestas por la expulsión forzada de la flor y nata del pensamiento filosófico-religioso ruso de su país, por la politización extrema de sus ideas y por la aspiración a vulgarizar y caricaturizar el contenido de sus obras (“obscurantistas religiosos”, “renegados del marxismo”, “ideólogos del movimiento blanco”, “lacayos espirituales de la burguesía”, “enemigos de los intereses del proletariado”, “sirvientes del gran capital”, etcétera). Ahora llega a su fin el siglo XX y en Rusia, después de 15 años de un duro y amargo proceso de tránsito, se vive la democratización en todas las esferas de la vida, la liberación de los anteojos ideológicos y de viejos estereotipos que obstaculizaban la creatividad espiritual del ser humano. Sin duda, una de las tareas que integra este proceso consiste en reestablecer un cuadro más objetivo de la his-

toria del pensamiento ruso en las primeras décadas del poder soviético y llenar las lagunas en la conciencia histórica de nuestros contemporáneos. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Berdiaev, Nicolai (1957), *Autobiografía espiritual*, Barcelona, Ariel.
- (1989), *El origen y sentido del comunismo ruso*, Moscú.
- Berlin, Isaiah (1985), *Pensadores rusos*, México, FCE.
- Blum, A.V. (1994), “Detrás de bastidores del Ministerio de la verdad”, en *La historia secreta de la censura soviética en los años 1917-1929*, San Petersburgo. (en ruso)
- Dostoievski, F.M. (1984), *Los demonios*, T.2, Madrid, Alianza.
- Emelianov, Boris (1996), *Ensayos sobre la filosofía rusa del inicio del siglo XX*, Ekaterinburg, Universidad Estatal de los Montes Urales. (en ruso)
- Gueller, Mijail (1990), “La primera advertencia: el latigazo”, *Cuestiones de la Filosofía*, No. 9. (en ruso)
- Reguelson, León (1977), *La tragedia de la Iglesia rusa. 1917-1945*, París, MICA-PRESS. (en ruso)
- Stepun, Fiodor (1992), *Encuentros y reflexiones*, London, Overseas Publications Interchange. (en ruso)
- Stepun, Fiodor (1995), *Lo realizado y lo irrealizable*, San Petersburgo, “Aleteya”. (en ruso)